

justicia, ¿no veis cómo se empeña en rogar á su divino Hijo, como tantas veces lo ha dado á conocer á sus siervos en maravillosas visiones? De rodillas delante del trono del Altísimo se ha visto á María implorando misericordia y perdón para su pueblo. ¡Oh cuadro conmovedor! ¡Cómo no ablandas nuestros corazones! ¿Cómo podemos desconocer la misericordia de ese Corazón clementísimo? ¿Cómo no poner en él nuestra esperanza?

10. Hay, finalmente, otro carácter en la misericordia del Corazón de María que debe interesarnos grandemente, porque nos afecta más de cerca y nos da la medida de nuestra devoción. Hablo de la virtud comunicativa ó atractiva que tiene esa misericordia en las almas devotas del purísimo Corazón. Esas almas son las que anhelan reformar su corazón por el modelo del de María, el cual está vaciado en el molde perfectísimo del Corazón de Jesús. María dice á los que la aman: «Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo»¹; y ellos que conocen cuánta es la ternura del Corazón de su Madre, siéntense henchidos de misericordia para con sus prójimos; y al ejercitarla se sienten felices, porque están seguros de alcanzar la misericordia de Jesús y de María. «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.»² Tal es el fruto más precioso de la devoción al inmaculado Corazón de María; no sólo obtener gracias y favores espirituales y temporales para nosotros mismos, sino encender nuestros corazones en fuego de caridad y compasión á los pobres pecadores. Éstos son los predilectos de María, pues que donde abunda la miseria, campea más de lleno la misericordia. Mas como todos, pecadores como somos, abundamos en toda suerte de lástimas, quebrantos y penalidades³, confiemos en que hemos de ser todos objeto de predilección para el

¹ 1 Cor. 4, 15.

² Matth. 5, 7.

³ *Omne cor marens et omne caput languidum* (Is. 1, 5).

misericordioso Corazón de María. Volvamos á ella nuestras lánguidas miradas; elevemos hasta su trono los gemidos de nuestro desgarrado corazón, y ella tornará hacia nosotros «aquellos sus ojos llenos de misericordia»¹. Así sea.

De Nuestra Señora de Lourdes.

(Predicado en la Habana en la capilla del Externado, el 11 de febrero de 1909.)

Diffusa est gratia in Conceptione eius, et speciosa apparuit inter filias hominum.

Eccl. in offic. Immac. Concept.

1. ¡Albricias, carísimos hermanos en nuestro Señor Jesucristo! Una nueva fiesta en honor de la Santísima Virgen se celebra el día de hoy en toda la Iglesia católica. Y ¡qué fiesta tan simpática para todos los corazones piadosos, la de Nuestra Señora de Lourdes! No es nueva, ciertamente, para un sinnúmero de almas familiarizadas ya con esta dulce advocación, y aun para muchísimas iglesias particulares, no sólo de la Francia y de la América española, sino del mundo entero que ya la celebraban, y no con poco aparato de solemnidad. Mas de hoy en adelante no serán sólo algunas porciones del rebaño de Cristo, será la Iglesia universal la que tributará solemnes cultos con rito doble mayor á la Inmaculada Virgen, aparecida en la dichosa gruta de Massabielle hace 50 años cumplidos. Es, pues, llegado el momento de apostrofar á María Inmaculada con aquellas palabras con que saludaban á la vencedora Judit los príncipes de Israel: «Bendita seas del Señor Dios Excelso sobre todas las mujeres de la tierra, porque hoy ha engrandecido de tal manera tu nombre, que no acabarán nunca de alabarte las lenguas de los hombres.»² ¡Qué júbilo para todos los hijos de

¹ *Illos tuos misericordes oculos ad nos converte* (Salve Regina).

² *Judith 13, 24, 25.*

María! Pero ¡cuánto mayor para las jóvenes y señoras cristianas que con especial derecho llevan el hermoso título de Hijas de María Inmaculada! Y ¿qué, si á estos motivos se agregan otros de carácter local, como el recuerdo de la fundación de la Asociación de Hijas de María en el Colegio de «Nuestra Señora de Regla», á cargo de las queridas Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús en la ciudad de la Habana? ¡Albricias, pues, diré de nuevo á las que tan de lleno les cabe la santa alegría de esta hermosa fiesta de familia! ¡Pueda mi débil voz, encargada de honrar el día de hoy á Nuestra Señora de Lourdes en este devoto santuario, contribuir á aumentar vuestra piedad y la gloria de la Virgen de vuestra juventud!

2. Por fortuna para nosotros los hijos de la fe, la institución de esta festividad con carácter universal nos traza el camino que debemos seguir al ensayar el elogio de la Inmaculada Concepción de Lourdes. No se trata ya de comprobar un hecho de orden sobrenatural sólo discutible para la crítica racionalista, una vez apoyado, si no en la definición, á lo menos en la disposición litúrgica de la Cátedra Apostólica. *Roma locuta est, causa finita est*¹—Ha hablado Roma, y esto basta para cerciorarnos de la realidad de la aparición de María á la humilde pastorcita de Lourdes. Por otra parte, la misma Señora vista en la roca de Massabielle ha hablado, ha descubierto su nombre á la vidente, diciéndole: «Yo soy la Inmaculada Concepción»; tenemos, pues, cuanto necesitamos para formar el más apropiado y perfecto panegírico, si la cortedad de nuestros alcances y la pobreza de nuestra elocución, no nos lo impiden. Para suplir nuestra insuficiencia, nos acogemos humildemente á las luces del Espíritu Santo, que confiamos obtener por la intercesión de su

¹ Aphor. can.

castísima Esposa, á quien saludaremos con el ángel: *Ave María*.

3. ¿Quién es, pues, Nuestra Señora de Lourdes? Es la Inmaculada Concepción. ¡Qué revelación tan gloriosa y llena de sentido! ¿Es, pues, aquella Concepción sin mancha que se efectuó realmente en el seno de la bienaventurada Santa Ana, quince años antes de la venida de Cristo? No, carísimos oyentes: no pueden significar eso las palabras de la mística visión á Bernardita. ¿Qué es, en suma, lo que significa esa definición misteriosa? Diré lo que alcanzo á descifrar. Es la Inmaculada Concepción *aparecida, reflejada* en las rocas de los Pirineos, para la salvación del mundo á la mitad del siglo XIX. Es lo que canta la Iglesia: *Diffusa est gratia*, etc.—«La gracia derramada á torrentes en la Concepción real de María apareció ahora en la Virgen de Lourdes, hermosa sobre todas las hijas de los hombres.»¹ Y siguiendo la huella de luz que traza la Iglesia en la colecta de la fiesta, digo que, así como la Concepción *real* de la Virgen fué la magnífica preparación de la Encarnación del Verbo y fruto anticipado de la redención², así también la Concepción *reflejada* de la misma Virgen fué la preparación de una como nueva encarnación de Jesucristo en el mundo; y los frutos de esa aparición han sido resultados manifiestos de una como nueva redención de los hombres en la hora que alcanzamos.

Tal es el asunto y la división de este discurso.

I.

4. Iba á cumplirse la plenitud de los tiempos, iban á colmarse los anhelos del género humano, iba á amanecer el día más esplendente del mundo: iba á encarnarse el

¹ Eccl. in offic. Immac. Concept.

² *Per Immaculatam Virginis Conceptionem dignum Filio tuo habitaculum preparasti... ex morte eiusdem Filii tui prævisa eam ab omni labe præservasti...* (Eccl. in Missa).

Hijo de Dios en el seno de una Virgen, de la mujer por excelencia.

«Cuando llegó la plenitud del tiempo», dice el Apóstol, «envió Dios á su Hijo formado de una mujer.»¹ Este hermoso día debía tener su aurora rutilante. «Mi Concepción», dijo la Virgen á Santa Brígida, «fué la aurora del día de la salvación.»² Era preciso formar primero á la mujer extraordinaria, á la mujer modelo, á la mujer única destinada á ser la Madre del Hijo de Dios humanado. Dios había anunciado por la voz de su Profeta que enviaría á su ángel para que allanara el camino que había de recorrer el Redentor: promesa cumplida en el Bautista Precursor de Cristo, como anotaron los evangelistas³. Pero también había dicho: *Ecce virgo concipiet*⁴, y antes, en el paraíso terrenal, fulminando á la serpiente, causa de nuestra perdición, había prometido al género humano decaído la aparición de la mujer que aplastaría la cabeza del infernal dragón: *Ipsa conteret caput tuum*⁵.

Iba Dios á realizar estas promesas: iba á crear á la mujer perfecta, á la Virgen Madre, á la obra maestra de la creación antes de Cristo. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se interesaban en la formación de esta criatura que había de concurrir con su misma substancia á la formación del Hombre-Dios, que había de imprimir su semejanza en la sacrosanta Humanidad. ¿Cuál sería, pues, el resultado de este trabajo divino? ¡Ah! ¿quién es capaz de describirlo? «Cuando se intenta decir lo que es María, lo que fué su Concepción, todas las lenguas balbucean, todas las inteligencias se oscurecen», dice San Ambrosio⁶. Digamos en una sola palabra todo cuanto hay que decir: Fué colmada de gracia: *Diffusa est gratia in Conceptione eius*; pero de una gracia inmensa, derramada á torrentes

¹ Galat. 4, 4.

² Apud Marcell. Bouix.

³ Matth. 3, 3.

⁴ Is. 7, 14.

⁵ Gen. 3, 15.

⁶ Ap. auct. cit.

sobre su alma y todas sus potencias, gracia que se transfundió hasta su cuerpo y santificó todos sus sentidos. Era el tabernáculo destinado por Dios para habitación de su Hijo durante nueve meses, y Dios mismo se encargó de prepararlo santificándolo: *Sanctificavit tabernaculum suum Altissimus*¹; porque, ¿qué género de ornamentación conviene á la casa de Dios, según observa el real Profeta, sino la santidad?² Dios no podía morar ni por un solo momento en casa donde hubiese habitado la culpa más ligera. «¿Qué sociedad es posible entre la luz y las tinieblas?»³ Sale, pues, María de las manos del Criador más pura que la luz, más hermosa que Eva en el esplendor pasajero de su belleza original, más bella que los mismos espíritus celestiales, en quienes se refleja de un modo maravilloso la hermosura del Criador. La belleza sobrenatural de la gracia sobrepuja y realza con destellos divinos la perfección y hermosura del ser natural de María, la más hermosa y perfecta de todas las criaturas. Entonces fué cuando Dios mismo, embelesado por tan singular belleza, la celebró exclamando: *Quam pulchra es, amica mea, quam pulchra es*⁴. Y los ángeles, que sin duda contemplaron atónitos la obra de la Omnipotencia, debieron saludarla con las frases que más tarde empleó Gabriel: *Ave, gratia plena, benedicta tu in mulieribus*— «¡Salve, llena de gracia: bendita tú entre las mujeres!»⁵

5. ¿Cuál fué, pues, carísimos oyentes, la razón final de la Inmaculada Concepción de María? No otra ciertamente que la Encarnación del Verbo que había de verificarse, conforme al plan divino, en Ella y por Ella: *Misit Deus Filium suum factum ex muliere*⁶. Ella, María Inmaculada ha podido decir, como nos lo enseña la liturgia, lo que decía la Sabiduría eterna: «Yo hice que amaneciese en el

¹ Ps. 45, 5.

² Ibid. 92, 5.

³ 2 Cor. 6, 14.

⁴ Cant. 4, 1.

⁵ Luc. 1, 28.

⁶ Galat. 4, 4.

cielo la luz indeficiente»¹; como si dijera: Yo hice aparecer en el cielo de la Iglesia el luminar del mundo, Jesucristo, Sol de justicia y santidad, que había de dar vida al cadáver del género humano putrefacto por la culpa. Tal es la gloria incomparable de la Concepción Inmaculada. ¿Por qué, pues, no pudiéramos decir, siguiendo una ley de analogía—la cual no falta en las obras de Dios—que si el Verbo eterno hubiese de encarnarse otra vez en el mundo, en el sentido que es posible su re-encarnación, debería hacerlo con el concurso de María, y que ésta debería renovar en cierto modo su Inmaculada Concepción? Atrevido podrá parecer á primera vista el pensamiento; pero considerando que no es ajeno del lenguaje de los sagrados Libros ni de los santos Padres llamar nueva encarnación á una nueva y espléndida manifestación de Jesucristo en el mundo, y oyendo, por otra parte, á la Virgen aparecida en Lourdes decir: «Yo soy la Inmaculada Concepción», parece que el expresado pensamiento se transforma en una verdad sencilla, incontestable. En efecto, los hechos nos demuestran la realidad de esa nueva encarnación verificada en nuestros días. Bien pudiéramos apropiarnos las consoladoras palabras del Apóstol: *Apparuit benignitas et humanitas Salvatoris nostri Dei*².

Se ha dejado ver una vez más, en el siglo XIX, la benignidad y la humanidad de Dios Salvador nuestro, y no ciertamente por nuestras buenas obras, sino sólo por su infinita misericordia que ha querido salvarnos. Porque, como decía el mismo Apóstol hablando á los nuevos cristianos: «¿Qué éramos nosotros en esa época sino unos insensatos, incrédulos, extraviados, entregados á los caprichos del placer, obradores del mal, envidiosos, aborrecibles y aborrecedores unos de otros?»³ ¿Cuál era el cuadro que nos ofrecían los últimos años del siglo XVIII y los

¹ Eccli. 24, 6.² Tit. 3, 4.³ Ibid. 3, 3.

primeros del siglo XIX? ¿Se vió alguna vez en los días del cristianismo, una mayor confusión de ideas y una corrupción de costumbres más escandalosa? ¿Qué ideas tan absurdas, qué errores tan radicales no bullían en los cerebros de los hombres de la gran revolución! El materialismo y el sensualismo lo habían invadido todo, como sabéis; el vicio se había entronizado; la pretendida razón había ocupado el lugar de la fe cristiana, ó mejor dicho, de Dios, y ¡en qué forma tan desvergonzada! El frenesí se había apoderado de las muchedumbres, y siguieron los horrores de la persecución religiosa á sangre y fuego. Tras ellos y con los albores del nuevo siglo, vino el escepticismo general, la negación de Jesucristo y de su Iglesia, la fiebre del progreso material, del goce y de la libertad sin freno. ¡Dios mío! ¡á qué excesos no habíamos llegado hacia mediados de la última centuria! Dijérase que se había eclipsado el Sol del Verbo encarnado, por más que sus rayos brillasen en el cenit de la Cátedra Romana. Era que las densas nieblas del error y del pecado lo habían ocultado á la vista de los hombres. Con la revolución del 48 en Italia, la expulsión y más tarde la prisión del sumo Pontífice pareció consumada la vuelta del mundo al paganismo. Las naciones, á lo menos oficialmente, habían apostatado, habían dejado de ser cristianas. Como en los tiempos que precedieron á la venida del Salvador del mundo: *Omnes declinaverunt, simul inutiles facti sunt*, que decía el Profeta — «Todos se volvieron atrás, se condenaron á la inutilidad.»¹ ¿Iba, pues, á perecer el mundo anegado en un nuevo diluvio de impiedad y desmoralización? No, porque Dios había prometido no volver á destruir toda carne con las aguas del diluvio². Aparecerá el arca de la Alianza, *Fæderis arca*, María Inmaculada, en el seno de las nubes tempestuosas, en el

¹ Rom. 3, 12.² Gen. 9, 2.